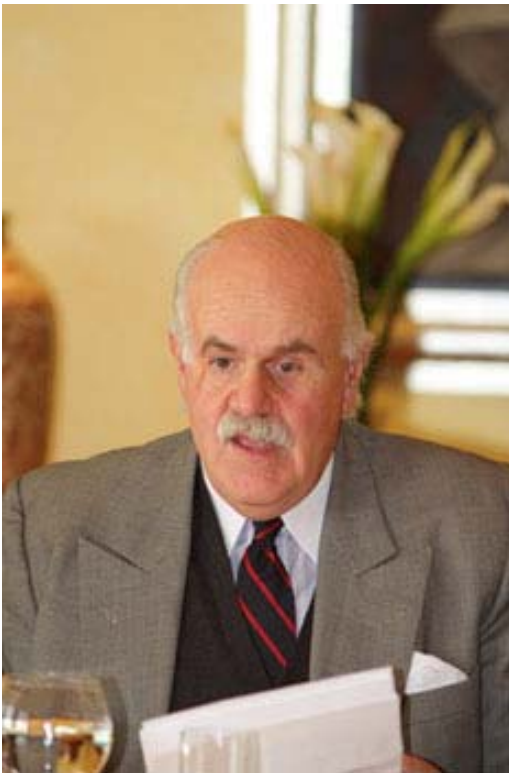


Amigos abogados,

No saben cómo les agradezco esta invitación y el reconocimiento que me están dando. Cuando mis amigos del IDET me avisaron que me iban a dar un premio, al mismo tiempo me extrañó y me dio un gusto muy especial porque no tengo un título de leyes.

Me imagino por que me escogieron. Si hubieran tratado de elegir un abogado habría habido demasiados amparos y nuestro sistema judicial nunca los hubiera resuelto.



Ya un poco más en serio, Iván me pidió que les hablara de cómo veía yo el sector y de lo que he venido haciendo en los últimos años.

Me gustaría empezar afirmando que cada vez es más claro que el desarrollo del sector de las telecomunicaciones es indispensable para el desarrollo acelerado de los países.

Durante muchos años, se pensó que para crecer rápido era necesario adoptar una receta basada tan solo en políticas macroeconómicas, tales como disciplina fiscal, apertura comercial, paridad flexible y privatización de empresas públicas.

Muchos países, entre ellos México, adoptaron este tipo de políticas basadas en el llamado consenso de Washington y creímos a pie juntillas que estábamos haciendo lo necesario para crecer aceleradamente. Sin embargo,

como es evidente después de más de 20 años con muy poco crecimiento, los resultados son bien tristes. Nuestro Producto per Capita sigue estancado a la mitad de la tabla comparativa con otros países prácticamente en el mismo lugar que hace una década.

Este tipo de soluciones macroeconómicas han fallado porque analizan a las economías sólo a niveles agregados. Una novedosa serie de estudios se ha enfocado a explicar la riqueza y el crecimiento analizando comparativamente la forma como operan los diferentes sectores productivos en diversos países

Lo que se ha detectado es que lo que hace que un país sea rico o pobre, depende fundamentalmente de la productividad de sus diferentes sectores.

Si entendemos la productividad como el valor de la producción por hora trabajada, resulta bastante obvio que si un obrero de un país produce al día 100 dólares y el de otro país 200 dólares, el segundo tendrá un Producto per Cápita más grande.

Con este tipo de análisis se derivan dos conclusiones bastante lógicas: la primera es que no basta una economía estable y abierta para lograr crecimiento económico. Para crecer hay que incrementar la productividad de nuestra economía.



La segunda conclusión, también muy lógica, es que el nivel de riqueza de un país depende fundamentalmente de la productividad de sus sectores más grandes. En el caso de México, el sector comercio y el sector servicios, incluyendo empleados de gobierno, maestros, trabajadores de salud y fuerzas públicas representan el 60 % de la población empleada.

La tasa de crecimiento de la productividad de México desde 1991 ha sido la más baja de los países de la OECD. En el período 2002-2004 la productividad creció tan sólo 0.13% comparada con un crecimiento promedio de los países de la OECD de 1.8%. Otros países en similares etapas de desarrollo como Polonia, Corea y Turquía están experimentando tasas de crecimiento de su productividad superiores al 4% anual.

El crecimiento de la productividad depende en buena medida de que la organización industrial de los principales sectores económicos sea equiparable a la de los países más eficientes.

Si las entidades productivas mexicanas se organizaran y administraran, como lo hacen las empresas más eficientes del mundo, se desencadenaría un rápido incremento de la productividad y por definición de la riqueza.

En años recientes en los países más eficientes, los incrementos de productividad han obedecido de manera determinante a la incorporación de tecnologías de la información y la comunicación (TIC's). Estados Unidos ha podido mantener tasas de crecimiento superiores al 4% anual en buena medida gracias a ello. La adopción de TIC's ha sucedido no sólo en los enclaves de desarrollo tecnológico como Silicon Valley o en los grandes

centros financieros, sino en sectores de la vieja economía como el comercio, la construcción y los servicios tradicionales, que son en los que trabaja el mayor porcentaje de los americanos.

El sector comercio es un claro ejemplo de la forma en que las TIC's han incrementado dramáticamente la productividad en los países desarrollados. Empresas comerciales como Amazon ofrecen al usuario a través de Internet una inmensa selección de productos en las condiciones más atractivas del mercado; con información completa de opciones competitivas y precios; con mínimo personal; sin que la empresa tenga que pagar renta ni mantener inventarios físicos; sin límite de horarios; permitiendo el pago por medios electrónicos y entregando el producto a domicilio sin que el cliente tenga que desplazarse a un almacén en cualquier sitio del territorio de Estados Unidos y de muchos países desarrollados.



Si comparamos este sistema de comercialización con los mercados informales de nuestro país, es fácil ver por qué la productividad del sector comercio en México, que emplea al 20% de la población económicamente activa del país y a la mayoría del sector informal, es dramáticamente menor a la de Estados Unidos.

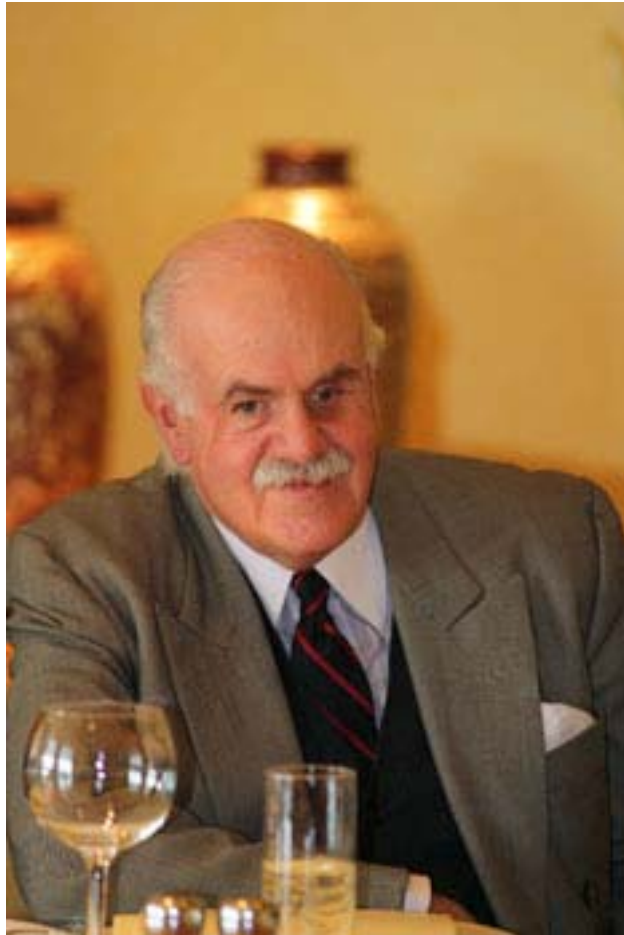
Para lograr en México un sector comercial moderno y eficiente, en que pudiera funcionar Amazon, sería imprescindible avanzar significativamente en la digitalización de la sociedad, dar prioridad a una mayor penetración de Internet y de computadoras personales en todo el territorio nacional y contar con una población educada digitalmente. Paralelamente se requiere una masificación de los procedimientos de

firma electrónica y de medios de pago electrónicos, un sistema de aduanas eficiente y seguro, un sistema de transporte y correos que garantice la entrega segura de paquetería de un día para otro en todo el territorio nacional.

Este modelo de análisis comparativo de la productividad de los sectores, se podría replicar en todos los segmentos de la economía nacional y se haría palpable el atraso relativo de nuestro país, en especial en los servicios producidos por el gobierno como educación, salud, seguridad, electricidad, energía, infraestructura, aduanas y en todo el sector informal.

Para modernizar estos sectores que ocupan al mayor número de la población económicamente activa del país, la receta es similar: es necesario contar con infraestructura de acceso a las Tic's, a Internet y tener una sociedad informatizada.

Estoy convencido que la digitalización de una sociedad depende en un 90% de políticas públicas adecuadas y 10% a pesar de políticas públicas inadecuadas.



Debido a su naturaleza, es difícil encuadrarlas en la organización tradicional de los gobiernos. Tal como lo ha reconocido la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información celebrada en Tunes, es necesario que los países integren sus propias agendas de políticas públicas para lograr la digitalización de la sociedad y que los gobiernos creen organizaciones ex profeso para asegurar su implantación.

En México una Agenda Digital debiera integrarse alrededor de al menos los siguientes cuatro puntos:

- Un acuerdo de Estado que establezca una agenda nacional para la digitalización de la sociedad mexicana con un responsable, preferentemente a nivel gabinete,

de promover y dar seguimiento a todas las políticas públicas necesarias. Así es en los países que más avanzan.

- Un marco regulatorio enfocado a extender la infraestructura para garantizar la inclusión digital de toda la población, la llegada de los mas avanzados servicios y precios internacionalmente competitivos.
- El gobierno debiera comprometerse prestar los servicios públicos con productividad y calidad de clase mundial, vía la adopción de TIC's. Me refiero básicamente a educación, salud y seguridad pública, pero hay muchos más.
- Finalmente el gobierno no puede cruzarse de brazos a observar que la digitalización se de por milagro. Es necesario que actúe como agente de cambio, promoviendo la adopción temprana y eficiente de TIC's en las relaciones entre agentes económicos en áreas como registros públicos, correos, sistemas de pagos electrónicos, sistemas de identificación, firma electrónica, gobierno electrónico, recaudación fiscal y el uso de infraestructura pública.



Me voy a referir brevemente primero al marco regulatorio.

Quizá nunca se me ocurrió estudiar leyes porque odio los pleitos jurídicos que desgraciadamente en nuestro país frecuentemente acaban en manos de un sistema que los hace eternos y cuando los resuelve, frecuentemente lo hace sin eficiencia y sin justicia.

Soy un ferviente creyente en que un mal arreglo es mejor que un buen pleito y que lo perfecto es enemigo de lo bueno.



Hoy nuestro entorno regulatorio está trabado en pleitos absurdos que tienen parado al sector, empezando por los pleitos entre las propias autoridades.

Así, no hay esperanza de avanzar. Si entre los responsables de las políticas públicas y entre los principales agentes económicos del sector no se retoma un espíritu negociador vamos a seguir estancando al sector.

Si se negocia, nadie gana todas las batallas y no llegaremos a soluciones ideológicamente perfectas. Sin embargo si se pueden lograr acuerdos que nos permitan destrabar el sector. Así se hizo en mis tiempos en condiciones económicas bastante peores que las que enfrentamos hoy.

Un segundo factor que creo que es indispensable tomar en cuenta es que todos los pleitos del sector están centrados en las tecnologías y servicios del siglo pasado.

La sociedad mexicana no se va a informatizar con precios de interconexión más bajos de la larga distancia o con más concesiones de FM. Hoy lo que verdaderamente es

importante es el acceso universal al Internet de banda ancha que proporcionará por el mismo precio servicios de voz, datos y video sin pedirle permiso a nadie.

El que tiene Internet puede escuchar más de 20,000 estaciones de radio.

Me pregunto: ¿Quién se preocupa por los precios de interconexión en Skype o por el must carry en Youtube? ¿Es posible siquiera regular los contenidos de Bit Torrent?

Si el Internet es la salida, el entono regulatorio debe enfocarse básicamente a que haya infraestructura física que permita que el Internet llegue a todos los mexicanos a precios razonables.

Hoy esto no sucede por que hay cuellos de botella para la inversión en infraestructura. Se me ocurren por lo menos 4 grandes ideas para romper estos cuellos de botella:

Primero, para romper el cuello de botella de la última milla, hay que concesionar o hacer libre todo el espectro disponible, ya que el espectro que no se usa no genera riqueza para nadie (use it or loose it dice la frase en Inglés). El petróleo que no se consume puede servir a las futuras generaciones. El espectro que no se usa hoy es un desperdicio imperdonable de un recurso público.

En especial hay que asegurar que el espectro donde se espera el mayor avance tecnológico que es el espectro de la televisión analógica actual, se utilice para prestar servicios de Internet de banda ancha. Sería una injusticia inmensa para el país que este espectro se siga usando por 10 ó 15 años más sólo para televisión analógica en las grande ciudades cuando en países como Estados Unidos o Canadá se utilizará para dar servicios de Internet hasta en los mas remotos rincones a más de 1000 veces la velocidad del Internet actual.

Segundo, se debe permitir el uso de la infraestructura nueva y existente para prestar cualquier servicio además del Internet. Esto hará más atractiva la inversión así le será más útil a la sociedad.

Tercero, para destrabar el cuello de botella de la red dorsal, indispensable para llegar a la dorsal mundial de Internet, se debe asegurar que haya una infraestructura de fibra interurbana que se haga disponible a costos de reposición para conectar las últimas millas entre sí y a estas con la dorsal de Internet.

Me parece increíble que la fibra de CFE no se comercialice en estos términos a quién la desee. Pero no sólo eso. Se debe facilitar el otorgamiento de

concesiones, se deben otorgar todos los derechos de vía de que dispongan los gobiernos para instalar infraestructura y se deben de otorgar financiamiento e incentivos fiscales a quién construya esta infraestructura indispensable para el desarrollo del país.

Finalmente, quizá lo más controversial que tengo que decir a este respecto es que si esto no se logra por la inversión privada, el estado debiera invertir directamente en la construcción de las infraestructuras necesarias para garantizar el acceso de la mayoría de los ciudadanos.

Así está pasando en los países que más avanzan, desde California hasta China, callándole la boca a los economistas ortodoxos que se quedaron en el siglo 20.

Hablé antes del compromiso que debiera asumir el gobierno de prestar los servicios públicos de educación, salud y seguridad pública con calida de clase mundial vía la adopción de Tic's.

¿Saben cuántas escuelas mexicanas usan el Internet para educar? Menos del 1%.

¿Saben cuánto es el ancho de banda con que se conecta la UNAM a Internet en comparación con la Universidad de Sao Paolo? Menos del 1 %.

¿Saben cuántos mexicanos tienen un expediente médico electrónico? Menos del 1%.

¿Saben cuántos asaltos se reportan al número de emergencias con localización automática desde los teléfonos móviles? Ninguno, porque en México no hay.

Por eso la productividad de nuestro sector servicios no crece.

Hablemos de la conectividad de las escuelas. Hay 240,000 planteles en el país, en unas 100,000 poblaciones, en las que trabajan o estudian unos 35 millones de personas. Saben en cuántas de estas poblaciones hay Internet de banda ancha hoy? Si saben: en menos del 1%.

Es un crimen que los jóvenes mexicanos tengan que esperar para educarse con las tecnologías del siglo 21 y no con las del siglo 19.

Saben cuánto costaría que el Estado mexicano construyera una infraestructura inalámbrica para conectar al 90% de los planteles del país en los próximos 4 años? Si saben: menos del 1% del presupuesto del gobierno federal.

A este proyecto me he dedicado en los últimos años de mi vida hasta ahora con más entusiasmo que resultados.

No estoy seguro que a corto plazo les esté cayendo el veinte a nuestras honorables autoridades que tienen una responsabilidad de implantar las políticas públicas necesarias para digitalizar a México. Sin embargo y a pesar de todo soy un optimista.
Yes we can!!!



Entré a trabajar a Telmex al llegar de cursar mi maestría en 1975. Han pasado ya 33 años de eso y por consiguiente más de tres décadas de estar involucrado en las políticas públicas de telecomunicaciones de nuestro país y unos 15 años de haber formado parte de los equipos que las diseñaron e implantaron.

Me ha tocado la suerte de ser agente para México de la revolución más grande que vive hoy el mundo. Una revolución tan trascendente como la francesa, la rusa o la mexicana, pero en la cual no se ha derramado una gota de sangre. Una revolución de paz, de progreso y de esperanza.

Las políticas públicas que se adoptaron cuando nos tocó a muchos de los aquí presentes escribir la iniciativa de ley Federal de Telecomunicaciones, diseñar sus reglas y hacer las primeras subastas de espectro, provocaron que el sector de las telecomunicaciones fuera el sector de la economía mexicana que experimentó el mayor crecimiento de la última década.

Soy optimista de que aunque nuestras autoridades están en pleito por los problemas del siglo pasado, hoy hay mucho más posibilidades de implementar las políticas públicas que se requieren para la digitalización de la sociedad mexicana que cuando se creó la Cofetel. Entonces la opinión pública no sabía que era Internet y no teníamos presupuesto ni para comprar un escritorio.

Soy optimista de que los abogados del sector dejen de dedicarse a los pleitos y se dediquen a hacer las normas y los convenios que los eviten.

Soy optimista de que podamos transmitirle a nuestro gobierno la necesidad de que le otorgue a la digitalización de la sociedad el lugar que debe tener en el mundo de hoy y soy optimista de que las autoridades que sigan nuestros pasos tendrán la capacidad de implementar las reformas necesarias aún mejor de lo que lo hicimos nosotros.

Soy optimista de que si le entramos todos, estamos cerca de llevar la revolución informática a todos los poblados, a todos los hospitales, a todas las patrullas, a todos los ranchos y talleres, a todos los niveles de gobierno. De que podamos llevar las nuevas tecnologías a las escuelas y universidades que nos preparen mejor para la vida. De que podamos quizá, con suerte, hacer que la modernidad alcance, al menos en un cachito, para muchos millones de mexicanos.

Que así sea y muchas gracias por el premio.

